

Alianza Popular Libertadora

Tres Discursos y una Doctrina

HABLAN:

TOBIAS BARROS

AGUSTIN VIGORENA

RENE MONTERO

INTRODUCCION

La grandiosa manifestación con que sus amigos de la A. P. L. exteriorizaron, hace poco, su afecto y reconocimiento a Tobías Barros y a Agustín Vigorena, dió oportunidad a estos dos destacados líderes de los partidos fusionados, para definir en forma brillante la doctrina y la posición política de esta nueva y vigorosa entidad, llamada seguramente, a grandes destinos en la vida de la República.

Ese romántico del ibañismo que es René Montero, trazó con pluma maestra, en esa misma ocasión, la silueta moral de los festejados y, como lo anotara con acierto, el diario que dirige Don Tancredo Pinochet, "con sus estilizadas frases, Montero, definió una vez mas para nosotros, su limpia y cristalina ejecutoria sentimental."

Hemos juzgado útil y patriótico copilar en un folleto la versión de esas tres piezas oratorias que constituyen uno de los aportes mas valiosos a la divulgación de los ideales políticos de la A. P. L.

El Editor.

Santiago, 23 de Enero de 1939.

Discurso de Tobías Barros

Distinguidas Señoras, Correligionarios y Amigos:

Han querido Uds., con emocionante benevolencia, agasajar a Agustín Vigorena y a mi en esta fiesta inolvidable. Fuimos los jefes de una campaña ruda y hermosa, pero no obtuvimos la victoria que soñábamos. En estricta justicia no merecemos este homenaje, que hemos aceptado, no obstante, porque no nos sentimos capaces de renunciar al placer de estar hoy con tan nobles y buenos amigos, en esta hora interesantísima de la vida nacional. Creímos también de nuestro deber aprovechar esta ocasión para apretar las filas de esta gran familia política constituida en torno de ese ilustre ciudadano que es nuestro Jefe: el General don Carlos Ibáñez.

Sea para él nuestro primer y más puro recuerdo. Patriota y austero como nadie, grande en las horas de triunfo, inmenso en las del dolor y la derrota, siempre encontró el General Ibáñez la fórmula precisa para colocar, noblemente, elegantemente, el interés y la salud de la Patria por sobre sus legítimos derechos a la paz y a la consideración respetuosa de sus con-

ciudadanos. Valiente, con ese valor verdadero que nunca puede llegar a la crueldad ni al crimen, despreció los insultos y calumnias y supo entregarse, sereno y confiado, al juicio de sus compatriotas. Y la justicia de los pueblos, que suele tardar siglos en pronunciar su fallo, en este caso ha dado el suyo: amplio, reparador, definitivo.

Ibañez está, en el retiro de su vida privada, silencioso y modesto como siempre, en la formidable altura en que colocamos a las figuras próceres que labraron la grandeza y la gloria de Chile. Tener a tal hombre como jefe es un honor y un privilegio que nos obliga, al mismo tiempo a colocarnos siempre a la altura de su patriotismo y de su no igualado desinterés.

Yo sé que la grandiosidad de este homenaje que Uds. ofrecen a dos de los camaradas que tuvieron el honor de acompañar de mas cerca a nuestro jefe, está dedicado, en realidad, al General Ibañez y a la gran idea de progreso y amor a la Patria, perennemente vinculada a su nombre y a sus obras.

Pero además esta fiesta no podría ser sólo para nosotros. Al lado nuestro, en la misma fila, lucharon buenos y abnegados camaradas. Yo quiero que hoy también nos ayuden a compartir el peso, honroso pero agobiador, de este generoso festejo. Todos tuvimos nuestra tarea y la llenamos lo mejor que pudimos.

Pensemos, pues, que esta fiesta no es sino una reunión de compañeros al término de la primera y fatigosa jornada, en una expedición que puede tener todavía muchas fatigas y muchas victorias. Es como si pasáramos lista en la tarde del primer día de marcha. En ese sentido, aceptamos esta fiesta, felices y orgullosos, Vigorena y yo.

Están aquí muchos de los que nos acompañaron y seguramente en cada ciudad de Chile nos escuchan los que no pudieron venir. Pero faltan los mejores, los mas idealistas, los mas puros. Son los nobles muchachos que cayeron en la loca pero santa aventura, apartándose de nuestro camino para buscar, por el atajo a que los impulsaba su energía impaciente y su corazón de patriotas, la grandeza de Chile.

¡Amigos, de pié! Rindamos a la memoria de los mártires del 5 de Setiembre, miembros de la Alianza Popular Libertadora el homenaje de nuestro orgulloso dolor y de nuestro cariñoso recuerdo.

No deseo hacer una reseña circunstanciada de la jornada que hemos hecho juntos. Dije que no habíamos vencido, pero creo que he dicho mal: cayó nuestro jefe, herido por el odio y la violencia de los que tenían el poder en sus manos; pero triunfó nuestra causa que era la del pueblo. Y éso es, al fin de cuentas, lo importante.

Durante varios meses estuvimos en una actividad inigualada. Todos derrocharon patriotismo y abnegación. El dinero era escaso pero lo había siempre para los sobrios viajes de propaganda y para los trabajos electorales. Del rico y del pobre nos llegaban ayudas.

No quiero renunciar en esta fiesta, toda nobleza, las tristes y cobardes violencias que pusieron brusco término a la candidatura del General Ibañez. Fueron demasiado pueriles y torpes los pretextos buscados; demasiado viles los procedimientos; demasiado cortesana y sumisa la justicia que suponíamos altiva y pura; demasiado tímida, tardía, cuando nó inexistente, la protesta de quiénes debieron protestar; en fin, fué demasiado honda la fosa a que precipitó al país el odio de un régimen moribundo, para que yo quiera enturbiar esta fiesta clara y bella con aquellos sucios recuerdos.

Desde el fondo de su prisión, olvidándose de sí mismo, muy por encima de las pequeñas pero sistemáticas vejaciones de que a diario se le hacía víctima, el General Ibañez fué entonces, más que en sus giras triunfales, lo que el pueblo, en su intuición infatible, sabía que era: General de la Victoria.

Nos pidió sumar nuestras fuerzas a las del candidato popular. Lo hicimos y triunfamos, o mejor dicho, por nosotros triunfó la causa del pueblo, encar-

nada en el dignísimo ciudadano, hoy Presidente Electo de la República, don Pedro Aguirre Cerda.

No eran, compañeros y amigos, los deseos de llegar al poder los que nos hicieron apoyar la candidatura del señor Aguirre. La candidatura de la derecha se señalaba, justa o injustamente, como candidatura oficial y aparecía así como la continuación posible de este régimen, irónicamente llamado de Reconstrucción Nacional.

Al apoyar al señor Aguirre, estábamos seguros de que contribuíamos a crear, como he dicho en otra ocasión, “una separación infranqueable entre lo actual y lo venidero”; y, sin esperar nada para nosotros, lo esperábamos todo para el pueblo, hambriento de pan y de justicia. Lo esperamos todo todavía, con inquebrantable fé.

Estamos hoy, como estuvimos el día de la elección, firmemente unidos y a las órdenes del gobierno que contribuimos a levantar, sin otra condición que la que formulamos el primer día: que se haga justicia plena en los terribles y vergonzosos acontecimientos del 5 de Septiembre y que se cumpla, también, el programa de la Alianza Popular Libertadora.

Nuestro General lo ha dicho recientemente: ésta que vivimos es hora de mas deberes que derechos. Por éso, ántes que en puestos y prebendas hemos pen-

sado en las responsabilidades y obligaciones que no intentamos rehuir. Pero, para afrontarlas digna y honrosamente, creímos que era preciso contar con las posiciones adecuadas. No buscamos, répito, honores ni prebendas. Queremos trabajo y posibilidades para encarar, con la seguridad de vencer, las responsabilidades del momento. Nada más ni nada ménos

Yo aprovecho gustoso esta grata ocasión para decir, como Presidente en ejercicio de esta colectividad política, y seguro de interpretar exactamente el pensamiento de nuestro General y el de todos Uds. que la Alianza Popular Libertadora está, hoy como ayer, firmemente unida, por la causa del pueblo, y a las órdenes del ciudadano eminente que tomó en sus manos, en una hora trascendental para la República, la bandera de la justicia y de la restauración moral, económica y política de Chile.

Con nuestros muertos, con nuestras prisiones, con nuestros dolores, con la pobreza y persecución de seis años, soportada estoicamente, hemos forjado una corona de hierro: la victoria del candidato del pueblo, Queremos defender esa victoria como nuestra, de los enemigos de afuera pero también de los emboscados de adentro. Y, si hubiéramos tenido parte en las responsabilidades del gobierno, no habría sido sólo para estar cerca de la corona, sino para defender-

la y poder decir, como los antiguos reyes lombardos:
¡ay de quién la toque!

Debo a Uds. ahora, algunas palabras sobre la doctrina de nuestra Alianza.

¡Tiempo contradictorio de grandes libertades y de grandes esclavitudes, éste en que vivimos! A siglo y medio de la Revolución Francesa que proclamara los derechos del hombre y la exelsitud y primacía del pensamiento y de la idea sobre la fuerza bruta, los hombres se sienten obligados a decir “su idea” parapetados detrás de fusiles y gases lacrimógenos.....
¡Tiempo de milicias políticas y predominio de audaces y cobardes a quiénes la ley dá la apariencia de valientes!

La humanidad termina una etapa y comienza otra nueva, en una alborada de esperanza y dolor, confusa y desdibujada como todo paisaje auroral, en el que co'ores, formas, planos y figuras, aparecen revueltos y en permanente cambio. Paisaje inquieto, inasible, en el que están todos los valores, pero como en espera del acomodo de las horas brillantes del mediodía o de la quietud más duradera del atardecer.

Y en medio de esta maraña de ideas y valores, en medio de esta confusión ideológica que abarca todos los campos de la vida y hasta trastrueca los con-

ceptos morales, debemos labrar nuestro camino. Dura tarea en la que no podemos detenernos.

En ninguna parte se percibe mejor esta tremenda inestabilidad de los sentimientos y de las ideas, que en el campo de la política. Nada hay allí de definitivo y estable. Nuestras opiniones e ideas cambian y se resitúan cada día frente a nuevos principios y a nuevas necesidades. El ritmo de la marcha no puede ser uniforme: hoy se acelera, mañana se retarda, mas adelante hay que hacer alto y acaso retroceder al día siguiente buscando el camino que se perdió en la neblina de este amanecer en que vivimos. Sólo hay, amigos míos, la obligación de estar alertas, de no extraviarse y de no perder de vista la estrella que nos guía y que, en nuestro caso, no es otra que la suprema felicidad de la Patria.

No es exacta ni justa, por éso, la división del campo en sectores o zonas encerradas por altas murallas. Derechas e izquierdas políticas no son, ciertamente, mas que valores relativos que acaso contribuyen a aumentar la confusión en que nos debatimos.

Peró hemos de someternos a esta terminología para definir el izquierdismo de la Alianza Popular Libertadora. Somos fuerzas de izquierda si con nosotros se agrupan los que ansían un orden nuevo y una efectiva justicia social: los que claman por el impe-

rio de los principios puros del cristianismo y del amor al prójimo; los que - estrechando los términos - creen que el régimen que hasta ahora impera en Chile ha sido desgraciado, injusto, demolidor de los viejos principios de honestidad y moralidad que hicieron grande a este país; los que creen que con los mismos hombres responsables de esta decadencia nacional evidente, no se puede hacer algo nuevo y grande, aunque esos hombres figuren en la izquierda política. El izquierdismo nuestro es, pues, espíritu renovador y justiciero, no simple etiqueta ni engañoso oriflama.

Pero, lo decimos con igual franqueza, no podríamos sentirnos hombres de izquierda si en la llamada izquierda política se asilaran muchos de los mismos que, ayer no más, gozaban de los beneficios del poder, con grandes prebendas y salarios, mientras el pueblo sucumbía desnutrido y miserable.

La Alianza Popular Libertadora, es una fuerza progresista. Alianza de pueblo, pero de pueblo en su amplio sentido de raza y de nación, no limitado absurdamente por la riqueza, el nacimiento o la educación: pueblo de Chile, rico o pobre, grande o chico, feliz o miserable. Y la llamamos Alianza Libertadora porque pretendemos con ella libertar al pueblo de las tiranías. No sólo de las tiranías del poder pasajero, sino de las mas funestas de la ignorancia y de la inmoralidad;

¡y, sobre todo, porque estamos en guardia contra las tiranías irresponsables del odio y de la antipatia, cuyos gestores principales quedan en la sombra casi imposibles de individualizar y castigar.

¡Alianza del pueblo chileno; Alianza de chilenos para el bien y la grandeza de Chile. Eso pretendemos ser: Alianza, Pópular, Libertadora!

Tambien sabemos y podemos empuñar la mano y crispar los dedos en el gesto de las rebeldías santas, pero nuestra mano cerrada no será símbolo de violencia y odio, porque estará empuñada sobre el mango del arado o de la pluma, creadoras del trabajo y de la vida. Y, si es preciso, en la hora del castigo y de la justicia, la empuñaremos tambien sobre el fusil o el pomo de la espada; para una vez cumplida la tarea, poder mantener las manos siempre empuñadas, pero no ociosas ni en ademan inútil, sino sosteniendo la bandera patria, símbolo y norte de nuestras esperanzas infinitas.

CAMARADAS Y AMIGOS:

He intentado fijar en las frases anteriores la posición y algo del espíritu de nuestra Alianza. Mi amigo Agustín Vigorena, con quien he vivido horas de comunes afanes y hondas satisfacciones, hablará a Uds. enseguida de esta nueva y ya gloriosa entidad

política, llamada a ejercer una influencia decisiva en los destinos de Chile.

La estructuración de la Alianza Popular Libertadora, para la segunda y mas importante jornada que iniciamos, se deberá en gran parte a las condiciones de organizador y jefe de Agustín Vigorena, y a la lealtad incomparable con que sirve los principios de esta nueva política de verdadera renovación y moralización que soñamos hacer imperar en nuestra Patria.

Agradezco a Agustín Vigorena y a todos mis buenos amigos del Directorio la amistad noble y franca y la poderosa ayuda que en todo momento me brindaron, y que hijo de nuestro común trabajo, en horas agradables o difíciles, más que el cumplimiento frío de un deber, el ejercicio de amenas disciplinas y de inalterable camaradería.

A Joaquín Fernández, mi noble amigo, consejero y apoyo en mas de una hora difícil, vá mi honda gratitud por sus palabras de ofrecimiento, que han puesto a esta preciosa fiesta un pórtico de belleza y generosidad. Y a todos Uds. Señoras y Señores, de todo corazón mis agradecimientos infinitos.

Discurso de Agustín Vigorena

Mis queridos amigos:

Yo comprendo y comparto este fervoroso homenaje, en cuanto él significa un justo reconocimiento de la eficacia, inteligencia y pundonor con que Tobías Barros ha sabido conducir a la A. P. L. a través de los rencores y amenazas que cerraban su marcha incontenible en días por fortuna ya pasados, y del talento con que ha mantenido la integridad y disciplina de sus columnas en las horas, talvez más difíciles e ingratas, de la victoria.

El, más que nadie, ha saboreado las amarguras de las incomprensiones. A él, más que a nadie, corresponde el triunfo moral que reconforta los espíritus y redobla las energías después de la etapa recién cumplida.

Sin embargo, yo entiendo también por qué razón habeis querido que comparta el honor de esta fiesta. La tarea es dura, y sabeis que necesito de vuestro estímulo fraternal. Os lo agradezco, porque esta adhesión significa que valorais, y acompañais con vuestra cooperación valiosa, mis desvelos por reali-

zar la parte que me corresponde en la tarea que todos juntos hemos de concluir para bien de nuestra patria.

Las fuerzas sanas del país reclaman una transformación profunda del régimen. Tenemos plena conciencia de esta aspiración nacional, y debemos asumir las responsabilidades que en su realización nos corresponden, organizados en un partido político cuyos miembros estén convencidos de que las viejas formas en que ha vivido la República no concuerdan con sus actuales necesidades, y más que eso, decididos a dedicarse por entero a construir un Chile nuevo en lo moral y en lo social, por sobre sus particulares intereses.

Un deber imperioso e ineludible nos llevó a contribuir al triunfo de la causa popular en las elecciones presidenciales que acabán de realizarse.

Nuestra participación en la victoria del pueblo nos impone a su vez el deber de procurar que ese triunfo de al pueblo las realidades a que tiene derecho.

Estamos convencidos de que una férrea organización es el mejor medio de contribuir a ello.

Aspiramos al ejercicio de un gobierno auténticamente democrático; pero sabemos cuántos escollos existen y cuántos inconvenientes prevalecerán hasta

el día en que el pueblo esté organizado para hacerlo plenamente efectivo.

Buscamos, pues, la unión, dentro de un partido, de todos los hombres que sientan y comprendan la democracia, no como supeditación de intereses, sino como sagrada emulación de servir a la República.

Nos congregamos al llamado de un hombre, no para levantar un caudillo, sino porque ese hombre interpreta la honda aspiración de un pueblo y está dispuesto a servirlo, sin ambiciones personales.

Nos reunimos respondiendo al llamado de Ibáñez, porque Ibáñez basa su grandeza, no en el hecho de quererlo todo para él, sino en la circunstancia de ser capaz de todos los sacrificios y de todas las renunciaciones en bien de la colectividad.

Porque entre nosotros no reconocemos más gerarquía que la del mérito cívico, ni más derecho que el de cumplir con el deber.

Ese es el secreto de nuestra cohesión actual. Esa deseamos que sea la razón de nuestra grandeza futura.

Cada país tiene sus propios problemas, en lo político y en lo social. Aspiramos a fórmulas eminentemente autóctonas para resolver los nuestros.

Los intereses particulares, como la fortuna y el feudalismo, han tenido siempre una intromisión inde-

bida en los negocios públicos de Chile. Debemos liberar al Estado de esa funesta influencia, a fin de que pueda realizar sin tropiezos ni injusticias su misión. Nuestro Partido aspira a un gobierno del pueblo, representado por sus fuerzas activas, no a un gobierno de poderes económicos contrarios a la conveniencia social.

El sufragio no es una mercancía creada por la democracia para ser vendida a los explotadores; sino un arma para defenderse de ellos. Es preciso que en nuestra patria, el sufragio cumpla el fin que le dió vida.

Nuestro Partido aspira, pues, a la constitución de un Estado capaz de realizar la justicia social, mediante la acción de gobiernos que interpreten y sientan auténticamente la voz de la nacionalidad.

Solo así podremos lograr el advenimiento de una democracia cuyos miembros se compenetren de sus deberes para con la sociedad, encontrando en la justicia con que la autoridad limita sus derechos ante el bien común, la mejor garantía para su libertad.

Miéntas la fuerza del dinero o la politiquería profesional presidan la generación de los Poderes del Estado, habrá rebeldía y no solidaridad; habrá temor y nó respeto; existirá ficción democrática; pero nó democracia de verdad.

Soñamos con un gobierno del pueblo que concierte un plan armónico de trabajo, que le permita obrar al margen de la arbitrariedad y del oportunismo. Las funciones del Estado moderno así lo exigen, pues los ciudadanos deben conocer claramente la concepción doctrinaria del Poder, a fin de prestarle su cooperación conciente, sin la cual toda acción de los gobernantes resulta estéril, y de ejercer una fiscalización constructiva y saludable.

La propiedad es una institución creada para facilitar la convivencia social, y no para dificultarla.

La tierra, los instrumentos de trabajo, la producción, la circulación y los cambios de la riqueza deben cumplir su finalidad.

El derecho sobre las cosas es respetable y digno del amparo del Estado, mientras cumpla sus fines, y sea útil al interés común. El dominio sobre los bienes no faculta a nadie para contrariar o impedir la vida y el progreso de la nación.

El trabajo es un deber, y la fuente de los derechos y gerarquías sociales. En él deben fundamentarse la generación de los poderes públicos nacionales y comunales, y la estructura política del Estado.

Nuestro partido procurará impulsar la organización sindical de los trabajadores, ya sean manuales o intelectuales, en conformidad a las funciones so-

ciales que realizan, a fin de apresurar el advenimiento de un régimen en que la capacidad de los técnicos reemplace a las improvisaciones de los demagogos, y la responsabilidad de los dirigentes del país pueda tornarse efectiva en cada momento.

Aspiramos a hacer de Chile entero una sola fuerza espiritual, y de cada uno de sus hijos un hombre digno, noble y consciente.

No hay distancias insalvables ni obstáculos invencibles frente a la necesidad de colocar a todos los habitantes del país en el mismo pie de posibilidades. La capital es una necesidad orgánica del Estado; pero no fuente de privilegios. La unidad en la dirección política no significa absorción de las provincias.

De aquí que necesitemos luchar por una descentralización administrativa que permita el libre desenvolvimiento de las energías vitales de las provincias, creadoras de la riqueza común, y por una expansión de la cultura por todos los ámbitos de la República.

Nuestro Partido, dentro de su estructura, hará posible la selección de todos los valores intelectuales injustamente preteridos por un centralismo sin control.

Mis amigos:

Hace algunos meses, desde un sitio cercano a éste, surgió una candidatura presidencial, inspirada

en el anhelo de servir al pueblo por sobre todas las cosas.

Comprometámonos solemnemente a que de esta mesa surja hoy, hecho cuerpo organizado y fervoroso, lleno de fé en el porvenir de Chile, un gran Partido en que los hombres que se honren en sus filas hagan un apostolado de la grandeza de su patria.

Los tiempos son distintos. Ayer, el odio y la venganza nos acometían sin descanso. Ahora, un Gobierno que contribuimos a exaltar y que quiere, como nosotros, dar al pueblo sus justas reivindicaciones, garantizará sin duda nuestras lejitimas actividades.

Que no haya entre nosotros más rivalidad que la noble rivalidad por el bien; que no exista en nuestras filas más que un solo impulso; el de ser útiles a la causa de los que sufren y esperan.

Y mañana, cuando el Jefe que hemos elegido vuelva hasta nosotros, sigamos con él en esta cruzada redentora de reunir bajo una misma bandera, que es la bandera de la patria, a todos esos hombres que desde Arica a Magallanes, en las pendientes cordilleras o frente al mar, consuelan el rigor de sus faenas con la esperanza de un día que vendrá, y mitigan sus angustias con la visión de una aurora en que el sol de nuestra tierra privilegiada no alumbrará miserias e

injusticias, sino que dará vida y calor, luz y alegría a una raza fuerte, próspera, culta y feliz.

Correligionarios de los Partidos Fusionados: Al regresar a vuestras provincias, al volver a vuestro trabajo, os ruego cumplir y transmitir esta consigna:

DISCIPLINA Y ORGANIZACION.

Santiago, 17 Diciembre 1938.

Discurso de René Montero

“Señores:

Hay algo inexpresable y profundo que invade este recinto con el misterio de las cosas incorpóreas y aladas: debe ser el espíritu enorme del Presidente Ibáñez, que proyecta sobre esta manifestación el hábito impalpable de los sentimientos con que viven en su corazón y en sus recuerdos, los dos amigos predilectos, que identificados fuertemente con su obra, reciben hoy el homenaje emocionado de nuestro reconocimiento y de nuestra gratitud.

Tobías Barros y Agustín Vigorena, binomio de rico contenido humano, cuyos nombres ofrecen una extraña eufonía que invita a pronunciarlos juntos, tienen de común, por encima de las afinidades excelentes de una cultura superior, el nexo espiritual y cívico de una convicción y de un ideal políticos, compartidos en una emulación ennoblecedora de sacrificio y de fé.

¿Queréis saber, señores, la biografía de Tobías Barros? No la esperéis de mis palabras, limitadas en la elevación y en el concepto.

Registrad, en cambio, los anales de nuestra Escuela Militar, y la encontraréis grabada en un cuadro y en una espada de honor; revisad las páginas más brillantes de la etapa de renovación y de progreso vivida por nuestro Ejército en los últimos treinta años, y la encontraréis esculpida en actos y ejemplos en que lo prócer no cede el paso sino a la disciplina y a esas inseparables compañeras de la verdadera superioridad, que son la discreción y la modestia; mirad hacia el Norte, y esa misma ruta gloriosa que otrora jalonarían nuestros soldados con su heroísmo y con sus sacrificios, la veréis recorrida por el diplomático, en función de los más nobles motivos, hasta clavar en la ciudad virreynal, no ya el estandarte de la victoria de las armas sino el laurel inmarcesible de la reconciliación, del buen entendimiento y de la solidaridad internacional con que los pueblos de estas regiones occidentales del mundo han renacido al efecto y a la comunidad de intereses que les señalan de consuno su geografía y su historia. Volved a Chile, y, en una época de claudicaciones y de crisis morales colectivas, veréis a Tobías Barros, proyectar sobre el Ejército y sobre el país, el aliento poderoso de una personalidad que ya en el cenit de sus múltiples y fecundas manifestaciones, sabe de altivos desprecios y de nobles bizzarrías. Contempladlo una vez más, sacrificando a la estulti-

cia de los tiempos, colgar dignamente la espada que él honrara con su talento, juntando en rara conjunción aquella preciosa hermandad de las armas y de las letras, que Don Quijote, nunca encontrará de la mano por esas tierras manchegas de sus andanzas y de sus nobles quimeras. Y, obediente a sus dobles ancestros de guerrero y de prócer, vedlo, en fin, revestido con la túnica del ciudadano, tomar en las contiendas cívicas, el primer puesto entre los mejores.

Y, de Agustín Vigorena, ¿qué os podré decir, señores, que alcance a realzarlo, si él ha prodigado a cada uno de vosotros, las virtudes de un alma, las bondades de un carácter y las riquezas de un talento en amalgama rara vez reunida en un solo hombre y que asombra por la unidad armoniosa con que tantas cualidades se ofrecen juntas a nuestra admiración, a nuestro respeto y al afecto sin reservas de nuestros corazones?

Sin embargo, por sobre el catedrático eminente maestro y guía espiritual de una juventud que lo admira; por sobre el funcionario cuya preparación y honestidad marcaran prestigiosa y perdurable huella en las altas reparticiones del Estado; y, por sobre el escritor vigoroso y castizo, yo quiero señalar en Agustín Vigorena, al amigo invariable y constante, al compañero leal y al noble confidente que el General

Ibáñez encontrara en las horas penosas del exilio, cual si hubiera sido él, a través de la ingratitude y de la distancia inconmensurables, el depositario genuino de nuestros propios sentimientos y el dignísimo delegado de lo más auténtico del alma chilena.

Pero, señores, la personalidad de nuestros festejados no alcanza sus verdaderos y definitivos relieves, sino a través de ese período estelar de nuestro desenvolvimiento político, que empieza con la proclamación de la candidatura presidencial del General Ibáñez, que tiene momentos gloriosos de exaltación y de triunfo y que culmina, por fin, con la emocionante victoria del Presidente Aguirre, tras alternativas dolorosas y crueles, pero llenas siempre de esa serena grandeza que como un don natural irradia la figura del ilustre ausente, proyectando sobre el país el sello imponderable de su magnífico desprendimiento y de su gran corazón.

Abanderados de una gran causa de bien público, portaestandartes de un sagrado ideal de grandeza patria y de redención ciudadana, preciso es proclamar aquí, que Tobías Barros y Agustín Vigorena, supieron conducir con brillo insuperable la enseña que confiáramos a su honor y a su lealtad. Lo hicieron en una hora excepcionalmente difícil y en medio de una situación tan llena de peligros y de escollos, que no

se puede pensar en los esfuerzos y capacidades singulares que demanda una misión tan delicada ni en los sacrificios de todo orden que ella exige, sin que un cálido impulso de gratitud y admiración surja espontáneamente en nuestras almas. Y, es esa hermosa síntesis moral de esta manifestación de reconocimiento y de justicia, la que yo tengo encargo de prender como una noble ejecutoria en el pecho generoso de nuestros dos amigos.

Señores:

Cumplida la primera etapa de nuestra trayectoria política, un amplio y dilatado horizonte se ofrece una vez más a los anhelos incansables de nuestros cívicos fervores. Se diría que hemos vuelto al punto de partida y, nuevamente al pie de la montaña, no parece sino que el ibañismo reviviera, en su afán de superación inextinguible, el dramático contenido de la leyenda de Sísifo.

No necesito explicar, señores, el significado de ese símbolo, porque estoy cierto que todos compartís el sentimiento de que las fuerzas espirituales que constituyen nuestro acervo máspreciado, no pueden morir.

Si esas fuerzas espirituales, bajo el conjuro de grandes y patrióticos motivos, se replegaron una vez

en el fondo de las almas, no ha sido sino para renacer después, más hermosas y pujantes, como si en la misma reconcentración de la clausura, hubieran descubierto el sentido auténtico y profundo en que descansa el secreto de su vitalidad imperecedera.

Por eso estamos aquí, señores; por eso hemos venido a esta manifestación, no sólo a expresar una palabra cordial de agradecimiento a nuestros jefes por la obra ya realizada, sino a ofrecerles también el concurso ilimitado de nuestra cooperación más decidida en la nueva cruzada con que, otra vez y con renovadas energías, estamos listos para emprender la ascensión de la montaña que aun oculta a nuestros anhelos de bien público la esquiva veta de sus realizaciones integrales.

Con la íntima y propiciatoria alegría de las grandes jornadas y con la fe alentadora de una convicción profundamente sentida, emprenderemos de nuevo la ascensión graduada y armoniosa, seguros de ser depositarios de un alto sentimiento colectivo y de aspiraciones nacionales que se identifican y confunden con los nobles principios de honestidad pública y de justicia social que sustentamos, y cuya realización impulsaremos en el orden y en el progreso, en la democracia y en la libertad.

Señores: Yo no podría interpretar de un modo más exacto el contenido de esta manifestación ni rendir un homenaje más grato y significativo a nuestros festejados que invitándoos a levantar nuestras copas en un voto conmovido y solemne, por la prosperidad de esta patria chilena, que si es pequeña, debe ser, como dijo el poeta, para que podamos llevarla toda entera dentro del corazón.